

con más vigor: los derechos de los amos, que la Iglesia se esforzaba en proteger contra ella misma, debieron de sacrificarse más de una vez, según su propia confesión, á lo que San Gregorio Nacianceno llama «la libertad de la gracia». El celo cristiano traspasaba de vez en cuando los estrechos límites en que por un delicado escrúpulo de prudencia y de equidad se esforzaba inútilmente en contenerse: adviértesele ocupado en componer los diques que él mismo construyera para moderar el impulso de su generosa corriente; nada demuestra mejor, según la justa apreciación de M. de Broglie, «la incompatibilidad que hacía cada vez más imposible la vida común del Cristianismo con la esclavitud» (1).

Esta disciplina, que con diversos matices, según el tiempo y el país, debió de seguir aún mucho tiempo en vigor, sólo se aplicaba á los esclavos de amos cristianos. Es probable que por lo que concierne á los esclavos de los paganos no existiera ninguna regla de esta clase (2). Así como se los admitía al Bautismo sin previa consulta con el amo, debieron de admitirse también en las filas del clero. Los esclavos fueron los más activos propagandistas del Evangelio en las familias paganas. Penetraban donde los jefes de la sociedad cristiana difícilmente hubieran tenido acceso. Celso los pinta convirtiendo á las mujeres y á los niños á espaldas del marido ó del preceptor, y reuniendo á sus compañeros de servidumbre en los talleres domésticos para explicarles la doctrina evangélica (3). Es casi seguro que muchos de estos humildes predicadores habían recibido secretamente las sagradas Ordenes. Las inscripciones nos citan multitud de ejemplos

(1) A de Broglie, *L'Église et l'Empire romain au IV^e siècle*, t. V., p. 215.

(2) Una recopilación de LXX cánones atribuidos al Concilio de Nicea dice solamente que el esclavo *fugitivo* de un amo pagano no podrá admitirse en el clero si su amo no le liberta y si no se le considera digno: "Si quis fidelium servus alicujus gentilis... invito domino recedit, non potest iste admitti ad clerum, nisi á domino libertate donetur, et sit judicatus dignus.. *Cánones Nicæni*, II, ap. Hardouin, t. I, p. 463.

(3) Orígenes, *Contra Celsum*, III, 55.

de cofradías religiosas formadas por los esclavos de una misma casa. ¡Quién sabe si entre ellas no había alguna comunidad cristiana, alguna «iglesia doméstica» administrada por un sacerdote oculto bajo la servil librea! Algunos empleos que permitían á quienes los ejercían una libertad muy grande, podían fácilmente prestarse á este secreto apostolado. Así, por ejemplo, en la mayor parte de las casas ricas ejercían la Medicina esclavos. Sus funciones les daban gran influencia sobre las almas (1).

Se comprende, dice M. Rossi, cuán conveniente debió de ser para los cristianos en los primeros siglos el ejercicio de la Medicina, tan útil aún hoy á los misioneros (2). La antigüedad cristiana nos ha transmitido los nombres de muchos obispos, de sacerdotes, de diáconos que ejercían ostensiblemente la profesión de médico. Más de un esclavo convertido debió de hallarse en el mismo caso, y bajo el manto de la Medicina, ejercer en una casa pagana el ministerio sacerdotal (3). M. de Rossi ha encontrado en la cripta de *Lucina* el epitafio de un cristiano del siglo III, llamado Denys, que era á la vez cura y médico (4): acaso se trate de un humilde esclavo que uniera á la ciencia de curar el cuerpo el poder de regenerar las almas.

También las mujeres esclavas encontraron un lugar en la jerarquía eclesiástica. Plinio habla de siervas, *ancille*, que ejercían en casa de los cristianos de Bitinia las funciones de diaconisas (5). Desde los primeros tiempos del Cristianismo se permitía á las esclavas que consagraran á Dios su viudez ó su virginidad, y también que recibieran el velo simbólico, cuya

(1) Tácito, *Ann.*, IV, 3.

(2) De Rossi, *Roma sotterranea*, t. I, p. 342. Abelly, *Vie de S. Vincent de Paul*, lib. IV, cap. VII.

(3) Tertuliano habla de un liberto cristiano llamado Próculo que curó al emperador Severo por medio de aceite, *per oleum*. (*Ad Scapulam*, 4); acaso se trate del aceite de las lámparas que lucieron ante los sepulcros de los mártires, consideradas en los primeros siglos como una reliquia. (*Rome souterraine*, 2.^a edición, p. 31, 271).

(4) De Rossi, *l. c.*

(5) Plinio el Joven, *Ep.*, X, 97.

imposición parece representar un fresco encontrado en la catacumba de Priscilio (1). Permitíaseles todo esto, lo mismo que á las grandes señoras, á las ilustres viudas y á las hijas de raza consular. Las mujeres que formaban en las filas de esta pura milicia olvidaban voluntariamente toda distinción temporal. «Ya no debían, dice San Cipriano, aspirar á honores, ni tener para nada en cuenta la Nobleza terrestre» (2). Entre ellas y las esclavas no había diferencias. Siervas de Dios, *ancilla Dei*, es el nombre que se solía dar en las inscripciones á las vírgenes consagradas (3). Siempre abundantes en la Iglesia, lo fueron aún más á fines del siglo iv, cuando las instituciones monásticas hicieron sentir su influencia en Occidente. Vióse entonces extenderse entre las familias cristianas un sentimiento más delicado y más vivo de igualdad religiosa.

En Roma y en Africa las matronas de mayor alcurnia vivieron con sus criadas como con hermanas en sus casas convertidas en conventos. La joven patricia Demetriada tomó el velo de las vírgenes. «He recibido con infinita satisfacción, y os lo agradezco, el regalo que me habéis enviado como recuerdo de esta ceremonia, escribe San Agustín; ¡ojalá puedan sus muchas siervas imitar su ejemplo, y si no les es dado tener como ella la nobleza de los Anicii, que al menos puedan acercársele por la santidad» (4). San Jerónimo escribe también á Eustoquia: «Si tus siervas, le dice, quieren consagrarse contigo á la virginidad, no adoptes con respecto á ellas modales ni costumbres de ama. Tenéis el mismo esposo, cantáis juntas los salmos, y juntas recibís el cuerpo de Cristo: ¿por qué, pues, establecer diferencias?» (5). Tal era el ideal propuesto por un doctor cristiano á una hija de los Escipiones. En vano los últimos supervivientes de la aristocracia pagana, aparentando no oír la tormenta que conmovía entonces al mundo roma-

(1) *Rome souterraine*, p. 401.

(2) San Cipriano, *De habitu virginum*, 6.

(3) De Rossi, *Bulletino di arch. crist.*, 1863, p. 75, 76, 79.

(4) San Agustín, *Ep.*, 150.

(5) San Jerónimo, *Ep. 22, ad. Eustochium*.

no, envolvían en groseras burlas su indignación: la destrucción de la esclavitud había comenzado.

III

El estudio de las inscripciones funerarias encontradas en las catacumbas romanas, hace comprender la grandiosidad de la revolución ya realizada en las almas mucho antes de que pudieran apreciarse sus efectos en la sociedad civil. Con respecto á la condición de los cristianos, cuyas tumbas cubrían en aquella época, estas inscripciones tienen una discreción y un laconismo que desesperarían al historiador si no buscase en ellas su profundo sentido y su muda elocuencia. Bajad á los *columbaria*, donde las ricas familias paganas guardaban las cenizas de sus esclavos y de sus libertos, y leyendo la inscripción de cada nicho ó de cada urna, podréis reconstituir la nomenclatura de las múltiples funciones de la domesticidad romana (1). Un *columbarium* es algo así como la imagen fúnebre de un palacio; parece como si la muerte hubiera inmovilizado á cada servidor en la función que desempeñaba: su nombre, su empleo, la mención de su condición servil, pueden leerse sobre la caja donde se depositaron sus huesos calcinados. Sólo uno de los habitantes del palacio está ausente; el amo, que se hubiera avergonzado de mezclar sus cenizas con las de sus antiguos esclavos, y en honor del cual se erigió en otro lugar un suntuoso mausoleo. Si se entra en una catacumba cristiana, el contraste sorprende. Sábese por la Historia que en ella fueron enterrados millares de esclavos, pero ningún indicio visible lo da á conocer. A veces una designación ilustre se lee en el mármol que tapa una pequeña fosa oblonga cavada humildemente en la muralla; pero nada indica

(1) Véase la indicación de los *columbaria* destinados á los libertos y á los esclavos de varias grandes familias romanas en el *Dictionnaire des antiquités*, art. *Columbarium*, t. 1, página 1.355, 1.358, Enumeración de los *columbaria* destinados á la servidumbre de muchas otras familias, en el *Bullett. della comm. arch. com. di Roma*, 1897, p. 58; 1899, p. 63, 70. Algunos de estos *columbaria* eran propiedad ó se administraban por un co-

si la tumba vecina contiene los restos de un hombre de condición libre ó servil (1). Todas las categorías están mezcladas; en un epitafio se advierte un signo de Nobleza; en otro, la indicación de una profesión laboriosa; en éste, la mención de una virgen ó de una viuda; en aquél, un título sacerdotal; en todos, aclamaciones piadosas, símbolos sagrados, actos de fe. Lo que casi nunca indican los mármoles en los cuales dejaron nuestros padres el testimonio de sus doctrinas, de sus costumbres, de su manera de apreciar la vida presente y la futura, es la distinción entre el hombre de libre nacimiento y el esclavo ó el liberto.

»Para nosotros, dice Lactancio, entre los ricos y los pobres, los esclavos y los libres, no hay diferencia» (2). Las catacumbas demuestran que en esta breve sentencia el apologista tradujo el profundo sentimiento de fraternidad que unía en vida y en muerte á los miembros de la primitiva Iglesia. «Desde hace treinta años que vengo estudiando sus cementerios, escribe un gran arqueólogo del siglo XVIII, Marangoni, sólo

legio funerario formado por gentes de la misma casa: algunas tumbas están marcadas como habiendo sido concedidas por los administradores, *ex decurionum decreto*, ó como pertenecientes á los *socii* (*Bull.* 1899, p. 67, 69). M. Waltzing, *Etude historique sur les corporations professionnelles chez les romains*, t. III (1899), p. 221, 224, ha reproducido las de las inscripciones de los *columbaria* romanos que contienen indicios de colegios funerarios.

(1) Uno de los más hermosos y de los más antiguos *cubicula* de la catacumba de Domitila está consagrado á la memoria de Ampliatius, cuyo nombre se lee en grandes letras encima del sepulcro. Acaso es el cristiano de este nombre citado por San Pablo en las saluciones con que termina la Epístola á los romanos. Lo cierto es que Ampliatius es un *cognomen* servil, y, por tanto, designa, no á un ingenuo, sino á un esclavo ó liberto. De Rossi, *Bull. di arch. crist.*, 1881, p. 57, 74, y pl. III, IV. Véase en el cementerio de San Hermes el *cubiculum* de dos mártires de origen servil, Proto y Jacinto. Las reliquias de este último, descubiertas en 1845, fueron envueltas en una tela preciosa, de la cual se han encontrado algunos hilos de oro. *Les dernières persecutions du troisième siècle*, segunda edición, p. 378, 386.

(2) Lactancio, *Div. Inst.*, V. 17.

he encontrado una inscripción en que se leía la cualidad de liberto (1). «Entre el considerable número de inscripciones cristianas que han llegado á nosotros, dice M. Edmundo Le Blant, no he encontrado más que dos *tituli* con la mención *servus* ó *libertus* aplicada al fiel llamado ante Dios» (2). M. de Rossi, que en menos de cincuenta años ha hecho más descubrimientos en las catacumbas romanas que todos sus predecesores en dos siglos, escribe en el *Bulletino di archeologia cristiana* estas líneas, que debo consignar como el mejor resumen de todo cuanto se ha dicho.

«En la nueva sociedad cristiana, los hombres libres y los esclavos eran hermanos y servían juntos al mismo Dios. Entre los fieles de la Iglesia romana el espíritu de fraternidad triunfó del orgullo que infestaba á las instituciones sociales de la República y del Imperio. Se encuentra una elocuente prueba en el silencio que tantos millares de epitafios descubiertos en las catacumbas guardan sobre la condición de los difuntos. ¿Eran esclavos? ¿Eran libertos? No lo dicen. Nunca encontré mención alguna completamente cierta de un *servus*, muy rara vez y por excepción la de un liberto; mientras que no se pueden leer diez epitafios paganos del mismo tiempo sin encontrar la designación de esclavos y libertos» (3).

Tal era la Iglesia primitiva: encerraba en su seno esclavos y amos; pero el nombre de esclavo y de amo no se pronunciaba en sus templos, ni en sus agapes, ni en sus cementerios; la idea de la igualdad de todos los hombres en Jesucristo se elevaba por encima de los prejuicios mundanos y de las distinciones sociales. Grabar en la piedra que cubría los percederos despojos de un alma inmortal el nombre de *esclavo* ó de *liberto*, hubiera avergonzado. «Su legislador, escribe Luciano, ha convencido á los cristianos de que todos

(1) Marangoni, *Acta de San Victorini*, p. 130.

(2) Edmundo Le Blant, *Inscriptions chrétiennes de la Gaule*, t. I, página 119.

(3) De Rossi *Bull. di arch. crist.* 1866, p. 24. C. 1877, p. 38 y *Roma sotterranea*, t. III, p. 139, 318.

son hermanos» (1). El silencio de las tumbas cristianas proclamaba elocuentemente esta persuasión. ¿Es que había hecho la Iglesia una ley de este silencio? No; sólo un sentimiento profundo y delicado lo dictaba. «Esta regla no estaba escrita en ninguna parte, dice M. de Rossi; era el espontáneo efecto de las doctrinas religiosas de la nueva sociedad, que se reflejaban en su epigrafía como en un espejo» (2). Luciano, serio á veces, acaso soñaba con la Iglesia, á la cual conocía bien, cuando en su *Hermotimus* trazaba el retrato de una sociedad ideal: lo que no era para el paganismo más que una utopía, estaba ya realizado cuando Luciano escribía en la naciente civilización cristiana. El pintó á «una sociedad basada en la justicia, en la igualdad y en la libertad. A todos se halla abierta: bárbaros, pequeños, deformes, pobres, todos pueden adquirir derechos de ciudadanía; basta con desearlo. En vez del nacimiento, de la talla, de la hermosura, de la riqueza, del traje, ella no pide más que una cosa: el amor al bien. En esta república de la virtud, ni siquiera se pronuncian las palabras de ilustre ó de obscurecido, de noble ó de plebeyo, de ilustre ó de esclavo» (3). ¿Quién ha escrito esta última frase: Luciano ó Lactancio? Parece como que antes de hablar así, el gran satírico bajó á las catacumbas cristianas.

La idea de la igualdad de todos los hombres, creados por el mismo Dios y redimidos por igual sacrificio, debía triunfar del orgullo de los amos, sacar al esclavo de la abyección en que las costumbres paganas le habían sumido, y colocarle al nivel del hombre libre. Pero esta todopoderosa doctrina de la igualdad no fué sola á combatir en su favor; tuvo por aliada en el corazón de los primeros cristianos una virtud ó, mejor dicho, una pasión que la antigüedad no conocía y que obligó al rico, al noble, al poderoso, no solamente á estrechar la mano del esclavo para elevarle, sino, además, á rebajarse voluntariamente para llegar á él, para hacerse, por amor y por mortificación, su semejante: esta virtud, esta pasión, fué la humildad.

(1) Luciano, *Sobre la muerte de peregrino*, 13.

(2) De Rossi, *Roma sotterranea*, t. I. pág. 343.

(3) Luciano, *Hermotimus*, 24.

Es difícil comprender hoy cuán grande fué el movimiento de reacción contra el orgullo pagano que estalló en la primitiva sociedad cristiana. Llegó hasta la locura, hasta el absurdo, si es que se puede llamar locura y absurdo á estos sublimes arrebatos de la vida moral que en ciertas épocas llevan el alma á regiones inaccesibles para los cálculos de la sabiduría vulgar y para el ordinario alcance de los juicios humanos. A los insensatos desbordamientos de un orgullo exaltado hasta la sinrazón, la Iglesia cristiana respondió con la locura de la humildad, como había respondido á los excesos de la voluptuosidad con lo que San Pablo llama la locura de la cruz. En los primeros siglos viéronse almas cristianas prendadas de la humildad, como San Francisco en la Edad Media lo estuvo de la pobreza. En sus voluntarios rebajamientos, estos creyentes heroicos parecen complacerse en adornarse con las libreas de la esclavitud. Los primeros fieles solían recibir en el Bautismo un *agnomen* simbólico con el cual se designaban en la sociedad cristiana, sin por eso dejar de servirse en el mundo pagano de sus nombres legales (1). A veces es encantador el simbolismo de estos sobrenombres cristianos: Sabiduría, Fe, Amor, Esperanza, Luz, Paz, Nieve (Sophia, Pistis, Fides, Spes, Elpis, Agape, Lucina, Irene, Chionia); pero á veces también resulta extraño y repugnante: Injurioso, Calumniador, Insoportable, Insensato, Bajo, Bestia, Fétido, Basura (Injuriosus, Calumniosus, Importunus, Alogius, Ima, Pecus, Fœdulus, Stercus, Stercorius). Los portadores de tales nombres pretendían, sin duda, ser tratados, según la frase de San Pablo, como «la basura y las barreduras del mundo» (2). No quiero citar entre los nombres tomados por humildad los que recordaban á algún animal, como Porcus, Asellus, Asella: se encuentran entre los paganos, y no parece que tuvieran en la antigüedad ningún ridículo sentido. No sucede lo mismo con los que despiertan en el espíritu una idea servil. Projectus, Projecticius, se encuentran con frecuencia en

(1) *Rome souterraine*, pág. 184.

(2) I. Cor., IV, 13.

las inscripciones cristianas, y no creo que haya de esto ningún ejemplo pagano. Estas palabras significan literalmente: *muchacho abandonado* ó *muchacho arrojado á la calle*, y asimilan á los que los llevan á aquellos pobres niños á quienes la crueldad pagana abandonaba, y cuya concupiscencia recogía para hacer de ellos esclavos prostituidos ó gladiadores. La frecuencia de estos nombres en la sociedad cristiana primitiva proviene, sin duda, de que muchos de los que los usaban fueron, en efecto, muchachos abandonados, recogidos por la caridad de los fieles, que querían conservar toda su vida el humillante recuerdo de su origen. Asimismo los nombres, más raros, de *Servus*, *Servulus*, *Fugitivus*, que mencionan los martirologios y las inscripciones, son acaso un recuerdo del origen servil de aquellos que los escogieron, y que por humildad no quisieron borrar la huella de su antigua bajeza. Pero cristianos de más alta condición parecen haberse complacido en confundirse con estas pobres gentes adoptando vocablos de la misma índole, como aquella dama romana del siglo V, bastante ilustre para que el mismo papa Dámaso escribiera su epitafio, y que se llamaba *Projecta* (1).

Esta delicada humildad aparece hasta en el lenguaje usual de los primeros cristianos. Ozanam ha escrito un encantador y original capítulo con este título: *De cómo la lengua latina se hizo cristiana*. Sólo quedaría por estudiar por qué se hizo también cristiano el pensamiento latino y griego. Ciertas ideas que antes de Cristo aparecían rara vez en el discurso, se convirtieron después de él en alimento habitual del espíritu. Algunas palabras perdieron la dureza de su primitivo sentido. ¿Qué moralista antiguo señaló la esclavitud voluntaria como la más excelsa forma de la ambición permitida á los hombres? «Que el que quiera

(1) De Rossi, *Inscriptiones christianæ urbis Romæ*, núm. 329. Sobre los nombres adoptados por humildad, véase Edmundo Le Blant, *Inscriptions chrétiennes de la Gaule*, prefacio, pág. CI, y tomo II, números 412 y 546; Martigni, *Dictionnaire des antiquités chrétiennes*, v. Noms.

ser el primero de vosotros sea vuestro esclavo», ha dicho Jesucristo (1).

¿Qué teólogo del paganismo se hubiera atrevido á asimilar á un esclavo al más vil de sus dioses? «Jesucristo tomó forma de esclavo», dice San Pablo (2). «Jesucristo se hizo esclavo de los esclavos», dice San Agustín (3).

¿Qué filósofo pagano escribió nunca á un discípulo: Me hago vuestro esclavo? Oigamos á San Pablo: «Nos hemos hecho vuestros esclavos en nombre de Jesucristo», escribe á los cristianos de Corinto (4). «El Señor me ha hecho el esclavo del pueblo de Hipona», escribe también San Agustín (5).

Servir juntos á Dios es, en el lenguaje de la primitiva Iglesia, ser co-esclavos, *conservi*: así se expresan San Pablo, San Ignacio, San Cipriano, Tertuliano, San Gregorio Nacianceno (6), San Juan Crisóstomo. «Si el que tenía la forma de Dios, dice este último Padre, se humilló á sí mismo tomando forma de esclavo para salvar á esclavos, ¿qué tiene de particular que yo, que no soy más que un esclavo, me haga esclavo de mis co-esclavos?» (7)

En la voluntaria repetición de esta odiosa palabra, parece verse una amarga prueba de humildad: una frase como ésta hubiera irritado y desconcertado á un letrado de Atenas ó de Roma; pero no mancha la boca de oro del gran orador cristiano. Los cristianos no temen tomar de la servidumbre las metáforas destinadas á expresar hasta las ideas más dulces. ¿Qué esposos paganos, queriendo describir su estrecha unión, dijeron nunca: Somos dos compañeros de esclavitud?

(1) San Mateo, XX, 27.

(2) *Ad Philippenses*, II, 7.

(3) San Agustín, *In psalm.*, CIII, 9.

(4) *II Cor.*, IV, 5.

(5) San Agustín, *Ep.* 26.

(6) Un pasaje muy significativo es aquel en que San Gregorio pinta á San Basilio cuidando á los pobres "con la ayuda de sus servidores ó, mejor dicho, de sus co-esclavos". Oratio, XLIII, 35.

(7) San Juan Crisóstomo, *De mutatione nominum*, Homilía II, 1.

En el delicioso cuadro que traza del matrimonio cristiano, Tertuliano habla así del marido y de la mujer: «Los dos son hermanos, los dos son esclavos» (1).

«Se unió tan estrechamente á su marido, dice San Gregorio Nacianceno, que hizo de él, no un amo importuno, sino un buen co-esclavo» (2).

Terasia, la esposa de San Paulino de Nole, es, dice San Jerónimo, «su santa co-esclava y compañera de luchas en el Señor» (3). Paulino da á Torasia en una carta el nombre de «co-esclava» (4).

En varios epitafios de esposos cristianos se encuentra la palabra en su forma griega ó romana. Una mujer cristiana que observó con su marido la continencia, es llamada por él «su co-esclava, su hermana y su esposa». A veces en los mármoles funerarios se precisa del todo el sentido de esta expresión: «co-esclavo de Dios», «co-esclavo en el Cristo» (5).

¿No parece que todo, pensamiento y lenguaje, está trastrocado? Adelantándose á los papas que habían de adoptar igual título (6), San Agustín empieza así una carta: «Agustín, obispo, esclavo de Cristo y de los esclavos de Cristo, á la religiosa servidora de Dios, Juliana, salud en el Señor de los señores» (7). Que los que discuten la originalidad del Cristianismo busquen en la literatura epistolar de la antigüedad una fórmula que se parezca á ésta.

En ninguna parte esta humildad, que hacía que algunas veces los cristianos de alta jerarquía se apropiaran el nombre y adoptasen la manera de vivir de los es-

(1) Tertuliano, *Ad uxorem*, II, 9.

(2) San Gregorio Nacianceno, *Oratio*, VIII, *in laudem Gorgoniae sororis*, 8; San Jerónimo, *Ep.* 122.

(3) San Jerónimo, *Ep.* 49.

(4) San Paulino de Nole, *Ep.* 31.

(5) *Bullettino di arch. crist.*, 1879, páginas 107-109; 1886, página 116.

(6) A partir de San Gregorio VII, los papas adoptaron en los actos oficiales el título de *Servus Servorum Dei*. En la misma época muchos particulares ponían debajo de su nombre esta apelación; M. de Rossi cita á un platero de Roma que se llama en el bárbaro latín del siglo XI: *Servus de servus Dei*. *Bull. di arch. crist.* 1873, pág. 40.

(7) San Agustín, *Ep.* 124.

clavos, aparece más claramente que en el interrogatorio de la mártir Agata. Parece complacerse en desorientar al juez proclamándose noble y llamándose al mismo tiempo esclava. «¿Cuál es tu condición?, le pregunta el gobernador de Sicilia, Quintiliano.—Soy de condición libre y de nacimiento noble, según puede demostrar toda mi parentela.—Si eres de tan noble é ilustre familia, ¿por qué vives la baja vida de una esclava?—Soy sierva de Cristo, y, por lo tanto, de condición servil.—Si realmente pertenecieses á una familia noble, no te humillarías hasta el punto de adoptar el título de esclava.—La soberana nobleza estriba en ser esclava de Cristo», contesta Agata (1), hablando naturalmente en aquel nuevo idioma que ya se usaba en la Iglesia, pero que la sociedad pagana no comprendía todavía. Lo mismo acontece con el mártir Máximo, interrogado por el procónsul de Asia. «¿De qué condición eres?—Ingenuo de nacimiento, pero esclavo de Cristo» (2). Igual sucede también con la hermosa y sabia Febronia: «Joven, le pregunta el juez, ¿eres esclava, ó libre?—Esclava.—¿Esclava de quién?—De Cristo» (3).

CAPITULO III

LOS ESCLAVOS MÁRTIRES

I

«Así empieza—dice M. Renán después de referir la persecución del año 64—este poema extraordinario del martirologio cristiano, esta epopeya del anfiteatro, que durará doscientos cincuenta años, y de donde se derivará el ennoblecimiento de la mujer y la rehabilitación del esclavo» (4). Verter su sangre como testimonio de fe, era para este último, afirmar elocuentemente su

(1) *Acta S. Agatæ*, I, núm. 4, apud; *Acta Sanctorum*, Februarii, t. I, pág. 621.

(2) *Acta S. Maximi*, ap.; Ruinart, *Acta sincera*, pág. 144.

(3) *Vita et martyrium S. Febroniae*, ap.; *Acta SS., Junii*, t. V, pág. 26.

(4) Renán, *El Anticristo*, pág. 175.